

PROFUNDIZAR EN LO COMPLEJO

Transcurre la obra de Miguel Barnés desde hace ya bastantes años por los derroteros de una abstracción marcada por una permanente dialéctica: entre lo informal y la forma, entre el relieve y lo plano, entre el dibujo y el color. Consecuencia directa de ello es la complejidad formal, característica permanente que ha estado presente, y continúa estándolo en la actualidad, sellando el resultado final de sus propuestas. La complejidad de su obra es consecuencia en buena parte de su fervor por el *Action painting* que, como otros muchos pintores de los ochenta, ha sabido asimilar poniéndolo al servicio de unos objetivos bien distintos de los años cincuenta. El dinamismo que ocasiona el lienzo es sólo un elemento más, junto a la potencia expresiva de la mancha, de la forma perfectamente dibujada o del gesto zigzagueante de unas líneas muy sólidas. Se aprecia en las obras recientes en dar una mayor solidez a la superficie del lienzo, por medio de un trabajo de engrosamiento de la misma, en el que la revalorización de la materia es un hecho a destacar. Esta ascensión de la materia hasta un lugar en muchas ocasiones de privilegio absoluto, de apoyo substancial al resto de los elementos fluctuantes en otras, conduce a una sensación de aridez que hace recordar algunas de las más características obras del informalismo español de los cincuenta. Mas, ni el regusto por la acción, ni la prioridad concedida a la materia significan una orientación mimética de esta pintura. Estos son sólo dos elementos constitutivos de la misma. A su lado otras formas, líneas y colores, configuran un mundo pictórico personal que nada tiene que ver con propuestas de periodos pasados. La obra es más compleja y sobre todo más ecléctica.

No voy a descubrir ahora el eclecticismo, que ya se ha convertido en la seña de identidad más característica de los ochenta, de la postmodernidad. Sin embargo, la extensión del lenguaje que todo eclecticismo posibilita siempre que el creador no se limite, como suele suceder con cierta frecuencia, a convertir los recursos heredados en fórmulas convencionales que se repiten una y otra vez- se reduce en Barnés a poner en práctica esa acción de “asimilar”, evitando la tentación de dirigir sus pinceles por algunos de los caminos consolidados en estos momentos, dentro de este ámbito ecléctico al que me estoy refiriendo. En otros términos, Barnés practica un eclecticismo muy personal, un eclecticismo de veta abstracta, fruto de una buena asimilación de todo el legado pictórico de las generaciones de posguerra. Un eclecticismo que renuncia a ciertas iconografías muy al uso para continuar instalado por el momento en una abstracción de larga tradición en la trayectoria del propio autor.

Otros elementos característicos de su pintura son la renuncia a constreñir su obra a los límites físicos del lienzo, así como a orientar visualmente la composición. Por lo que respecta a lo primero, la obra de Barnés está concebida como un punto de representación sólo limitado por la finitud material del lienzo, pero con vocación de infinitud. Su universo tiende a la ilimitación, como las obras de Carlos León, pongamos por caso. Dado que ello es material inabarcable, como el sublime Kantiano, la ilimitación de dicho universo si acaso será accesible al entendimiento. De esta manera la obra deviene referencia sensible de una idea que no admite una representación integral. Tomado desde otra perspectiva, esta muestra puede servir de punto de partida para elucubraciones en diferentes direcciones, al margen de la propia idea de ilimitación. En este sentido la obra revertiría en la vertiente del arte conceptual. Finalmente, una lectura concentrada en la imagen exhibida, es decir, reducida a lo que materialmente se nos ofrece a la vista, posibilitaría la recreación de un momento dinámico, el de la gestación de la obra por el artista, o sencillamente, la del disfrute formal de la misma. Por lo que respecta a lo segundo, esa tentación hacia la infinitud impone la sustitución de una determinada composición, que exige un punto de vista determinado, por una multidireccionalidad de hecho cada lienzo funciona con semejantes resultados en cualquier posición-. El espacio es tratado, en consonancia con todo lo anterior, como un *all over*, al igual que en Pollock.

En la última obra de Miguel Barnés parecen vislumbrarse los primeros síntomas de la aparición de una nueva iconografía, mas sutil, mas refinada, de marcado carácter dibujístico su vieja fascinación por las ondulaciones aparecen ahora al servicio de nuevas imágenes- ofreciendo un fecundo contraste con la dureza de los fondos matéricos sobre los que se sitúan. ¿Acaso esa dialéctica que forma la base de la representación de su pintura, acabe por resolverse a favor de uno de los dos elementos?. No lo creo, pero en cualquier caso en estos momentos sirve de manera ejemplar a sus postulados de siempre. Es una renovación desde el interior de su pintura, sin grandes estridencias, sin violencia, en coherencia con los resultados anteriores. Es una obra que avanza implacablemente, que no se detiene, pero que evita saltos en el vacío.

JAVIER HERNANDO CARRASCO

Catedrático de Arte Contemporáneo. Universidad de León
Crítico de Arte y Comisario de exposiciones.

Texto del catálogo de la Exposición PINTURAS Y RELIEVES
Museo Provincial de Albacete. 1987